

## SEMBLANZA DE MURCIA

*MONTAGUDO publica hoy unas cuartillas inéditas de Enrique Díez-Canedo, que debieron ser leídas por su autor en la Casa Regional de Murcia y Albacete, de Madrid, en fecha desconocida. Gracias a la amabilidad de Carlos Ruiz-Funes, poseedor de una fotocopia del manuscrito, enviáala por el hijo de Enrique Díez-Canedo, podemos ofrecer, ahora, a nuestros lectores este texto inédito de un gran escritor español.*

**N**O quisiera reincidir en el tópico, ni aun para restablecer, junto a él, un nombre tan glorioso como el de D. Juan de Mariana, si es cierto que se le debe, en su origen, la denominación de «paraíso en la tierra», dado a la huerta de Murcia. Los que lo han repetido después, ignoran acaso quien fué el primero en dar esa forma poética al sentimiento de admiración, unido a un perfecto gozo físico, que la contemplación de ese breve trozo de tierra española despierta en el ánimo. Yo me inclino a creer que Mariana fuera no el autor de la frase acuñada que ha venido a convertirse en tópico, sino uno de tantos como la repitieron, trasladándola de la ponderación interjeccional a la línea escrita; y la tengo por atribuible a uno de aquellos poetas árabes de España, cuyas canciones tenemos casi en olvido, sensible por su fantasía oriental a la belleza de los lugares que hizo principalmente, fecundos, con sus obras de riego, el mahometano; regiones privilegiadas que surgen de repente en nuestro país, tras largas estaciones polvorientas o pedregosas, de hosca, y a ratos feroz catadura.

El que salta de Madrid, en breve tiempo, al otro paraíso artificial de Aranjuez, y no hace más que cruzar sus jardines, para entrarse por las llanuras manchegas, amplias como para que por ellas puedan vagar



grandes sombras, y ascender luego por tierras duras y quebradas, siente, al llegar a Murcia, toda la fuerza de una exaltación natural, convertida en abundancia, en salud, en gracia. Allí la tierra, con sus naranjales y sus huertos de palmeras, con toda esa profusa maravilla de vegetación que va como a concentrarse, en las estaciones propicias, a las manos de las huertanas, en esas pirámides floridas de los ramos multicolores que tienen, al acercarse al viajero, aire de ofrenda y bienvenida, aunque sean simple artículo del más espontáneo comercio, suspende el ánimo y lo recrea como en otros lugares de la península, ciertamente, pero no en menor grado de intensidad que en cualquiera de ellos.

Veréis quizá escaso el caudal del Segura, polvorientas sus orillas; pero toda aquella capacidad se hincha de agua vivificadora, que en más de una ocasión, por desgracia, rompió sus linderos y originó desastres, pero que es, en la normalidad de los tiempos, la gran vena que nutre el verdor maravilloso de la campiña. Tierra tan feraz, que en Murcia misma brota el árbol donde menos pudiera esperarse. Oíd la historia que no parece sino cuento, uno de esos cuentos de milagro que se leen en los libros antiguos. Hay también en Murcia, en plena ciudad, una estatua, piedra mutilada por el tiempo con media cabeza de santa no más: en la oquedad de la piedra cae una semilla y al cabo de los días la más gentil palmera es corona de la santa. Esta es una maravilla natural que, a poco empeño que se ponga, podría transformarse en portento sobrenatural, cifra de protecciones celestiales y augurio de bienes. Pero nada de ello hace falta.

\* \* \*

Maravilla aislada es la huerta, se va pensando el cruzar por sus caminos; pero, si desde un punto alto, como la torre de la Catedral, se le buscan los límites, presto la vemos enlazarse, por el costado oriental, con otras vegas fecundas, con otras huertas floridas, hasta la de Orihuehuela, e ir acercándose al mar ya inminente; al mar, del que la separa, por el sur, árida sierra minera, al otro lado de la cual abre sus modernas dársenas el puerto natural más grandioso, el más antiguo refugio de naves, Cartagena.

La región levantina se completa así en tres aspectos, como para hacerse cabal, luciendo todos los atractivos de la montaña en Sierra Espuña; la más lujosa producción jardinera, y el triunfal arbolado de las tierras calientes en la vega murciana; y el mar al fin, encerrado entre



los brazos de calvas montañas con que lo apresa Cartagena y dominado por las cumbres piníferas del cabo de Palos; tan bellas como las más renombradas alturas desde donde se otean las olas mediterráneas.

Pero no es sólo naturaleza lo que nos hace admirar las tierras murcianas, dando este nombre a todas las que comprende su actual denominación político-administrativa. El arte ha dejado en ellas muestras grandiosas, como en otras regiones españolas. Sería inútil buscar aquí las graves formas románicas, las sutiles arrogancias del gótico. Ya va éste de vencida, y aún sus trazas presiden los comienzos de la obra catedralicia; pero el templo, menos imponente que los inmortales de nuestras tierras de Castilla, tiene una gracia amable, y una elegancia superficial aunque cértera: la fina elegancia del barroco, que triunfa también por los palacios de la capital y las grandes casas de la provincia.

Antes hablé, incidentalmente, de la torre: ¡qué extraordinario panorama el que ofrece! Esa extensión de huertas, y, al pie, la ciudad clara con la cortadura del río, son impresiones inolvidables. Ni la subida es áspera ni la altura vertiginosa; pero el mirador sobre las tierras levantinas, que se alejan escalonándose y se empinan, por los cerrados límites montañosos, da una sensación de campo hecho para la abundancia y el bienestar.

Mas no sólo el arte se ha concentrado en arquitecturas. Hablar de la región murciana es imposible sin mentar a su gran artista; grande también como su paisaje y su naturaleza, con una virtud que no estriba en lo colosal e imponente, sino en lo risueño y lo amable.

Estoy aludiendo a Salzillo. De su ascendencia italiana y de su tiempo barroco le viene sin duda ese encanto risueño, esa persuasiva belleza, hecha de elegancia y de serenidad, que le señalan como una de las figuras típicas de nuestro arte, demasiado prendido, otras veces, a la expresión patética por medio de lo cruel y lo hosco; tierno y acariciador en él, con equivalencia tan sólo, quizá, en una de las facetas de Murillo.

Cuando en la ermita de Jesús se ven las imágenes labradas para la fiesta de la Pasión, atractivas en su encanto policromo, tal como yo las ví por primera vez, años ha, a solas con ellas, abierta, quizá de no muy buena gana, la puerta del recinto que las custodia por un sacristán de pálida tez y poblada barba negrísima, que balanceaba en la mano unas enormes llaves, y vestía, en la época de los grandes calores, un tétrico kalandrán oscuro con rayas blancas, se siente mejor el encanto dulcísimo de esas figuras, que parecen trasuntos, algunas de ellas, como la Do-



lorosa lacrimante, de una viva realidad muy acorde con el carácter genérico de nuestra escultura religiosa, cuando deja de lado su terribilidad frecuente. Lo patético de Salzillo es claro, consolador, un tanto inocente, a simple vista. Su famosísimo ángel de la Oración del Huerto, demasiado guapo tal vez para ser varón, demasiado familiar acaso, para ser ángel. Pero ¡qué elegancia de ademán, qué tino protector en el brazo izquierdo, cercano a la cabeza de Cristo, sin osar tocarla! Y en este aspecto, otra delicadísima nota es la del Cristo en el prendimiento. Tampoco la mano de Cristo, que extiende su brazo en torno a la cintura del apóstol traidor, llega a tocar a éste. El escultor ha resuelto un problema técnico, el del enlace de dos figuras en pie, con un tino maravilloso.

Salzillo, en cierto modo, y no podía menos de ser así, traduce en formas escultóricas la florida amabilidad del paisaje murciano. No es él escueto, duro, como lo son los escultores de Castilla y aún algunos de Andalucía. A la frondosa profusión vegetal, corresponde el complicado movimiento, la noble pero no sencilla, expresión de la silueta barroca. Arte hecho, además, no para la plena luz y el aire libre, sino para la penumbra y el temblor de las luces, con que las lágrimas de vidrio que caen de los ojos de la Dolorosa se vuelven perlas líquidas, y los entrantes y salientes de las figuras, haciendo mover las sombras, les dan su complemento de vida. Arte que indica, en la religiosidad, no el vuelo de los grandes arrebatos místicos, sino la devoción sencilla, casi familiar. Arte para el interior de los templos—y los de la región murciana son ricos en esculturas del maestro, y una excursión por la provincia puede darnos ilusión de descubridores, porque la forma se limita a exaltar sólo unas cuantas esculturas, dignas, sin duda de su renombre, pero no más que otras harto menos favorecidas—o para el desfile procesional.

Dicen que no hay este año procesiones en Murcia, durante la Semana Santa. Las hay, sin embargo, en Cartagena; procesiones nocturnas de un encanto indiscutible, en que las cofradías de la ciudad marítima han rivalizado siempre. Marrajos y Californios cumplen sus deberes de cofrades, y no lanzan, al exhibir su religiosidad, un reto a nadie, sino que persisten cuidadosos en su tradicional costumbre.

He trazado aquí con palabras muy breves, como lo es el tiempo que me está concedido, no un cuadro, ni siquiera un boceto de la admirable región murciana. He reunido tan sólo, unos cuantos recuerdos, muy pocas sugerencias, que aún me imagino traducidas en aguda sensación ahora que la suave primavera levantina ha de llenar de aromas el aire.

